

CATALUÑA

El periodista Agustí Pons recupera la biografía de la escritora y política en el centenario de su nacimiento

Maria Aurèlia Capmany, en la 'finestra'

CARLES GELI, **Barcelona**
A veces, la historia le da a uno la razón en todo por lo que ha luchado, aunque a menudo es mucho más tarde. Algo así es lo que le pasó a la polifacética, puro carácter, "dona finestrera" como ella misma se definía por su interés omnívoro ante todo lo que pasaba en el mundo, Maria Aurèlia Capmany. "Al final, ha tenido razón al entender el catalanismo como sentimiento popular y no como patrimonio y expresión de la burguesía; en el triunfo de la izquierda no marxista: ella nunca se dejó deslumbrar con el ideal comunista, y también en su temprana reivindicación de la mujer: su *La dona a Catalunya* [1966] es uno de los ensayos más serios sobre el tema", resume el periodista Agustí Pons, autor de la biografía *Maria Aurèlia Capmany. L'època d'una dona* (Metèora), edición corregida de la que publicó hace 18 años, y que reaparece ahora en el marco del centenario del nacimiento de la intelectual.

Con profusión de datos, el colchón de un centenar de libros consultados y el bagaje del estudio de un periodo que en su caso le ha servido para enmarcar biografías de otros protagonistas culturales de la época como Pere Calders, Néstor Luján, Joan Triadú y Salvador Espriu, Pons traza la trayectoria de una niña con una infancia incómoda, en la que su padre, modesto cesterero, pero estudioso del folklore barcelonés, se casó quizá más enamorado de la biblioteca de su futuro suegro (Sebastià Farnés) que de la hija de éste, una militante de izquierdas de aquellas que sabían mejor nadar que coser; pero todo ello sirvió para que la niña Maria Aurèlia aprendiera a leer desafortunadamente por la vía imitativa.

Tan tímida patológica (y *ploramiques* de cría para llamar la atención familiar, sobre todo de

su abuelo, colaborador de Valentí Almirall) como decidida a ser escritora, quien acudía a los Banys Riera, en la calle Sant Pau de Barcelona, para poder ducharse con agua caliente, y dedicarse a grabar vidrio para mantener sus estudios y ayudar a la familia tras la Guerra Civil llegaría a los oscuros años franquistas como una mujer intelectualmente hecha, que hasta impartía clases en escuelas. En 1949 ya ha leído del derecho y del revés a Jean-Paul Sartre y con su licenciatura en Filosofía, sabe lo que tiene entre manos. También sabe lo que ha escrito André Gide tras su decepcionante viaje a la URSS de 1936. Todo ello estaría en la base de sus encontronazos con intelectuales como Josep Maria Castellet, entonces al frente de Edicions 62, quien además rechazará la publicación de su novela *Un lloc entre els morts* por alejarse del modelo de realismo social imperante. "Ella se mofa de que todos entonces leyéramos a Marcuse... Le molesta que algunos de aquellos que habían pasado incluso del falangismo al marxismo le dieran lec-



Maria Aurèlia Capmany, en 1983. / ANTONIO ESPEJO

"En el TNC ha estrenado todo el mundo menos ella", lamenta el biógrafo

quier caso, su militancia en el PSC a partir de 1976 y su participación en la política municipal al lado de su gran amigo Pasqual Maragall (fue concejala de Cultura y posterior responsable de publicaciones del Consistorio, la virreina de La Virreina),

ciones de según qué", resume Pons.

No sería la única gran polémica que mantendría Capmany, que nunca se arrugaba: se las tuvo con Manuel Vázquez Montalbán por un artículo que éste escribió sobre la crisis de la revista *Orifloma* y también indirectamente con Josep Pla, de quien llegó a escribir: "*Tota persona a qui es doni a llegir un text de Josep Pla i no es torni vermell, ni la pell se li posi de gallina, ni se li crispin els músculs facials és que té un sòlid esperit reaccionari*". Por descontento, se opuso a que el autor de *El quadern gris* recibiera el Premi d'Honor de les Lletres Catalanes, del que fue miembro del jurado de 1975 a 1981.

Si bien ella se consideraba novelista, Pons cree que fue mejor ensayista. En cual-

eclipsó su carrera literaria. "Pero ella lo quiso así, en eso fue muy sartriana: los intelectuales debían ensuciarse las manos", opina Pons.

La detección de un cáncer de pecho que acabaría con ella en octubre de 1991 (un mes después también fallecería, por la misma enfermedad, su amiga Montserrat Roig), dejó a Capmany "hundida y la llevó a buscar refugio en la familia", recuerda su sobrina Anna Capmany, que la acompañaba en sus ingresos en el Hospital del Mar. También estaba muy tocada moralmente por los problemas económicos derivados, entre otros asuntos, por el extraño testamento que dejó quien desde 1968 fuera su compañero sentimental, el escritor Jaume Vidal Alcover, relación desigual en la entrega del uno al otro, según deja entrever la biografía. Vidal no le legó absolutamente nada.

Tampoco mucha cosa de Capmany se puede hallar hoy en las librerías, ausencia que Pons vincula a los cánones impuestos desde la academia y en particular por Joaquim Molas, una escasez de títulos que apenas mitigará el centenario. También le sorprende la ausencia de la Capmany dramaturga, ella que fundó la Escola d'Art Dramàtic Adrià Gual junto a su admirado Ricard Salvat. "No entiendo como en el Teatre Nacional de Catalunya ha estrenado todo el mundo menos ella; y lo entiendo menos ahora porque el *leitmotiv* de su obra es esa denuncia de cómo las clases dirigentes catalanas han preferido el dinero al país", sostiene Pons. La nieta recurre a un azar poco favorable a lo largo de su vida: "La persiguió una infancia difícil, la guerra, la posguerra... Y en el año de su centenario, en Cataluña pasa lo que pasa". Ella, seguro, lo estaría analizando desde la *finestra*.

Barcelona despedirá con una fiesta la estatua de Antonio López

Comediants amenizará la retirada de la pieza del naviero esclavista, que irá a un museo

A. L. CONGOSTRINA, **Barcelona**
El Ayuntamiento de Barcelona celebrará una fiesta, el próximo 4 de marzo, en el transcurso de la cual se retirará la estatua dedicada a Antonio López, empresario naviero que comerció con esclavos, de la plaza homónima. Durante el acto, promovido por el Comisionado de Programas de Memoria y por el distrito de Ciutat Vella, se inaugurarán dos atriles donde se informará sobre la historia de la plaza.

El equipo de gobierno tomó el compromiso de retirar la escultura hace meses, después de que entidades y movimientos ciudadanos reclamaran durante décadas la supresión del monu-

mento a un empresario del siglo XIX que se enriqueció gracias al tráfico de personas, procedentes de África, en Cuba. La intención del Consistorio era retirar el monumento el pasado diciembre, pero la junta electoral lo desaconsejó. Finalmente, será el domingo 4 de marzo.

"Retirar la estatua es una reivindicación de muchas entidades vecinales y es una manera de reconocer a muchos colectivos que en esta ciudad luchan contra el racismo y la xenofobia", recordaba ayer el primer teniente de alcalde, Gerardo Pisarello. "Una ciudad moderna y europea que quiere ser reconocida como ciudad refugio no pue-



La plaza de Antonio López, con su estatua. / MASSIMILIANO MINOCRI

de homenajear a una persona de las características de Antonio López", afirmó.

La fiesta de retirada del monumento al esclavista estará protagonizada por la compañía Comediants. Ese día, la estatua abandonará el pedestal y será trasladada al Centro de Colecciones del Museo de Historia de Barcelona (MUHBA) donde que-

dará guardada con el resto del patrimonio de la ciudad.

La concejal de Ciutat Vella, Gala Pin, destacó ayer que en verano seguirá la reforma de la Vía Laietana: "Comenzaremos las obras en la plaza Antoni Mauri y de las esquinas para mejorar las aceras y también el tráfico de peatones".

El Consistorio pretendía re-

nombrar la plaza Antonio López como plaza de las Bullangues pero frenó la propuesta después de que la entidad Tanquem el CIE y la productora Metromuster iniciaran una campaña de recogida de firmas para llevar a la multiconsulta del próximo mayo una pregunta pidiendo que la plaza se llame Idrissa Diallo, el primer fallecido en el CIE de Zona Franca.

Antonio López, tras traficar con esclavos a principios del siglo XIX, se instaló en Barcelona, donde continuó sus actividades empresariales transportando soldados a diversas guerras coloniales. Alfonso XII le otorgó en 1878 el título de marqués de Comillas y en 1881 el de grande de España. Murió en 1883 y en 1884 ya se había renombrado la antigua plaza de San Sebastián con su nombre y colocado la estatua. En 1936 el monumento fue derribado, pero en 1944 fue reconstruido por el escultor Frederic Marès.